

SERMÓN OCHO - EL SÁBADO Y LA LEY EN EL NUEVO TESTAMENTO

«Y volviendo, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento.» (Lucas 23:56)

Este texto registra el ejemplo más notable de observancia sabática en la Biblia. El Señor del Sábado había gustado la muerte por el hombre pecador. Había ofrecido su vida como ofrenda por el pecado a la majestad de esa ley que fue colocada bajo el propiciatorio. Las santas mujeres siguieron a nuestro Señor desde su crucifixión hasta su sepultura. Como el día de la preparación estaba expirando y el Sábado estaba a punto de comenzar, nuestro Señor fue rápidamente colocado en el sepulcro. (Lucas 23:53,54; Juan 19:41,42). Pero este entierro no las satisfizo. Regresaron del sepulcro y prepararon especias y ungüentos para el cuerpo de Cristo. Pero antes de que pudieran usarlos, comenzó el Sábado. Ahora, observen su acción. Era fácil argumentar que el Sábado no era tan importante como el Señor del Sábado; que, aunque el Sábado había llegado, el Señor del Sábado tenía sobre ellas reclamos aún más fuertes que los de esa institución; o, que cualquier cosa que hicieran en la obra de ungirle sería un trabajo adecuado para el Sábado. Pero no hicieron nada de eso. Pensaron que el mejor método de honrar al Señor del Sábado era observando debidamente el Sábado mismo. Y así, dejaron a un lado su trabajo, cuando ese trabajo era solo un acto de reverencia y afecto por Cristo, y descansaron el día de reposo conforme al mandamiento.

Y Lucas, escribiendo un número considerable de años después de esto, inspirado por el Espíritu de Dios, lo registra como un noble acto de obediencia a Dios. Este acto de estas piadosas mujeres estaba en estricta concordancia con los acontecimientos del Calvario. No fue la ley la que fue inmolada por Cristo, sino Cristo el que fue inmolado por la ley. Así, cuando el Hijo de Dios yacía bajo el poder de la muerte, inmolado por esa ley de la cual el Sábado es la décima parte, era apropiado que se reconociera la llegada del Sábado, aunque el cuerpo del

Redentor crucificado fuera la ocasión del trabajo; y que la ley de Dios fuera honrada en ese mismo momento mediante la observancia del día de reposo conforme al mandamiento.

El Sábado del Señor fue honrado por la vida de Cristo, pero aún más manifiestamente en su muerte y sepultura. En su enseñanza y su ejemplo, se esforzó al máximo por establecer el hecho de que el Sábado era un día adecuado para actos de misericordia; y que tales obras, realizadas incluso en favor de animales, eran lícitas en Sábado. Pero ahora, observen la lección en el funeral del Hijo de Dios. Su enseñanza acerca de las obras misericordiosas en Sábado fue absolutamente exigida por los errores prevalecientes de los doctores judíos; pero existía el peligro de que esto pudiera ser pervertido por esa clase de maestros que van al extremo opuesto y niegan la santidad del día de reposo del Señor. El registro de su sepultura enseña una lección tan expresiva de la santidad del Sábado como la crucifixión de la santidad de la ley. Cuando Cristo estuvo con nuestros pecados sobre Él, o la ley debía ceder o Cristo debía morir. Sabemos muy bien que la ley no cedió. Ahora, en la sepultura de Cristo, el Sábado del Señor se interpone directamente en el camino de ciertos actos de amor y ternura en favor del cuerpo inerte del amado Hijo de Dios. Observen, estos no eran actos de misericordia, como los que nuestro Señor aprobó en favor de hombres y animales sufrientes, porque el amado Salvador dormía en la muerte; ni eran actos de necesidad para darle un entierro digno, pues este, aunque hecho con prisa, había sido realizado con ternura y con gran gasto, por José de Arimatea y por Nicodemo. Fue envuelto en lino fino, y con una mezcla de mirra y áloes, de unas cien libras de peso; y un pañuelo de lino fue atado alrededor de su cabeza. (Juan 19:38-40; 20:5-7; Mateo 27:59,60; Marcos 15:45,46; Lucas 23:53).

Pero estas mujeres fieles, por tierno respeto al honor de Cristo, deseaban preparar su cuerpo más perfectamente para su reposo en la tumba. En medio de su preparación, la hora del Sábado fue marcada por la puesta del sol. Y observen el lenguaje expresivo del Espíritu Santo; ellas «descansaron el día de reposo, conforme al mandamiento.» Aquí hay una notable exposición del cuarto

mandamiento. Si relacionamos esto con la enseñanza y el ejemplo de nuestro Señor en cuanto al Sábado, tenemos los siguientes hechos:

1. Es lícito, es decir, conforme a la ley, hacer el bien en Sábado. Pero las obras a realizar son actos de adoración a Dios el Creador, como reunirse en la casa de Dios y leer y exponer su palabra, o escucharla con seria atención; y también el trabajo de los sacerdotes, o actos de misericordia en favor de los afligidos, ya sean hombres o animales. (Lucas 4:15,16; Mateo 12:10-12; Lucas 14:1-5).

2. Pero no es lícito, es decir, no *conforme al mandamiento*, realizar innecesariamente ni siquiera un trabajo como el de ungir el cuerpo de Cristo, para que pudiera ser entregado de la manera más honorable al poder de la muerte. El Sábado es un memorial del reposo de Dios de la obra de la creación. El Señor del Sábado es mejor honrado por nuestra obediencia al mandamiento que nos exige descansar en memoria del reposo de Dios.

La crucifixión de Cristo atestiguó la majestad de la ley; la resurrección de Cristo atestiguó su inocencia personal. (Gálatas 3:13; Romanos 4:25). La ley sobrevivió a la muerte de Aquel que se convirtió en su ofrenda por el pecado. El cuarto mandamiento es solemnemente reconocido el día después de la crucifixión, y su santidad nos es revelada por el ejemplo más notable de su observancia en toda la Biblia. Tampoco se debe responder a esto diciendo que fue simplemente el acto de unas pocas mujeres, y por lo tanto de ninguna consecuencia real. Aun si esto fuera todo lo que hay, el hecho de que estas mujeres estuvieran íntimamente familiarizadas con la enseñanza de Cristo prueba que Jesús nunca les había dado a entender que el Sábado era un día de poca importancia. Pero no es el mero acto de estas piadosas mujeres. Lucas, escribiendo por inspiración, registra su ejemplo como algo hecho en obediencia al cuarto mandamiento. Y ciertamente nada podría atestiguar tanto la santidad de la institución sabática como este peculiar acto de obediencia, respaldado como está por el Espíritu de inspiración, muchos años después de la resurrección de Cristo.

Otra verdad debe ser extraída de este texto. Aquí está: Las mujeres que así observaron el Sábado guardaron el mismo día que Dios ordenó en el Edén. Porque aprendemos que guardaron el día ordenado en el mandamiento; y que el día siguiente era el primer día de la semana. (Lucas 23:56; 24:1; Marcos 16:1,2). Ellas hicieron, por lo tanto, al guardar el séptimo día del cuarto mandamiento, observar por ese mismo acto el séptimo día de la semana del Nuevo Testamento. Pero el día ordenado en el cuarto mandamiento es el día santificado en memoria del reposo del Creador. (Éxodo 20:11). Y para que no dudemos que este día idéntico era conocido por Israel en el momento de la entrega de la ley, la providencia de Dios al enviar el maná durante seis días y luego retenerlo el séptimo, y el testimonio de Dios mismo de que el maná cesó en ese día porque era el Sábado, ambos dan un testimonio inequívoco y aclaran este importante punto. (Éxodo 16:22,23). Y así podemos afirmar el hecho de que el día siguiente a la crucifixión de Cristo, sus discípulos más fieles observaron el día ordenado en el mandamiento, día que el mandamiento mismo identifica como el santificado por Dios en el Edén. Es cierto, por lo tanto, que el Espíritu de Dios da testimonio del conocimiento del verdadero séptimo día en el momento de la crucifixión de Cristo, así como la providencia de Dios da testimonio del conocimiento de ese día en la caída del maná.

En el último discurso de nuestro Señor desde el monte de los Olivos, en el que da a sus discípulos un esquema de los acontecimientos desde ese momento hasta el día del Juicio, introduce el Sábado de una manera que lo recomienda a su peculiar cuidado. Así dice:

«Cuando, pues, veáis la abominación desoladora, de que habló el profeta Daniel, en el lugar santo (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; el que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar sus ropas. ¡Ay de las que estén encinta, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo.» (Mateo 24:15-20)

Nuestro Señor hizo así del Sábado un objeto de oración por parte de su pueblo, durante un período de casi cuarenta años después de su crucifixión.

Siempre que el pueblo de Dios en la tierra de Judea, durante todo ese tiempo, se postrara ante Dios en oración, se les recordaría el Sábado. Cabe observar que nuestro Señor no dice: «*Los que estén en Jerusalén, huyan a los montes*», sino «*Los que estén en Judea, huyan a los montes.*» Esto muestra cuán grande error cometen quienes afirman que nuestro Señor enseñó a sus discípulos esta oración porque las puertas de Jerusalén estarían cerradas en ese día, haciendo imposible su huida. Las palabras de Cristo se refieren a toda la tierra de Judea. Así que es muy evidente que el cierre de las puertas de Jerusalén podría afectar, a lo sumo, solo a un número muy pequeño del pueblo de Dios que estaba involucrado en esta huida. Pero consideremos el caso de aquellos que estaban realmente en Jerusalén en ese momento. Josefo, en el segundo libro de la Guerra Judía, capítulo seis, nos informa del cumplimiento de la señal dada por nuestro Señor. Cestio, el comandante romano, rodeó la ciudad con su ejército, y «*si hubiera continuado el asedio un poco más, ciertamente habría tomado la ciudad*». Pero «*retiró a sus soldados del lugar, y... se retiró de la ciudad, sin ninguna razón en el mundo.*» Aquí estaba la señal prometida por nuestro Señor, por la cual los discípulos debían entender que el momento de la huida había llegado. Y cuán evidente es que fue la mano de Dios la que hizo que el general romano, tan pronto como hubo dado la señal del Salvador, se retirara de la ciudad «*sin ninguna razón en el mundo.*» Y ahora los discípulos debían huir sin un momento de demora. Admiremos la providencia de Dios que les abrió el camino en una manifiesta respuesta a la oración. Primero, tenemos el caso de aquellos discípulos que estaban en el campo de Judea. Josefo nos informa que en este momento, cuando Cestio marchó sobre Jerusalén, encontró el campo desprovisto de hombres; porque, como la ley de Moisés requería, todos los varones estaban reunidos en Jerusalén para guardar la fiesta de los Tabernáculos. (Deuteronomio 16:16). Así es manifiesto que el pueblo de Dios en toda la tierra de Palestina no tenía enemigos judíos que impidieran su huida, incluso si hubiera sido en Sábado.

Y ahora veamos cómo fue con aquellos que estaban en la propia ciudad de Jerusalén. Encontramos en la declaración de Josefo la prueba más convincente

de que, si hubieran tenido ocasión de huir en Sábado, las circunstancias eran tales que podrían haberlo hecho en ese día con tan poca obstrucción por parte de los judíos como sus hermanos en el campo. Josefo nos da la notable información de que cuando Cestio estaba a unas seis o siete millas de distancia de Jerusalén, en su camino para atacar la ciudad, los judíos salieron el séptimo día para luchar contra él, *«aunque el Sábado era el día al que mayor respeto tenían.»* Ciertamente, los discípulos podrían haber huido de Jerusalén cuando esa *«multitud salió de manera repentina y desordenada a la batalla,»* si hubieran estado dispuestos a hacerlo en ese día de reposo. Pocos días después de esto, Cestio, habiendo rodeado completamente la ciudad, y habiendo así dado la señal del Salvador para la huida de sus discípulos, *«sin ninguna razón en el mundo,»* levantó el asedio y se retiró repentinamente. Y Josefo nos dice (Guerra Judía, libro ii, capítulo xix) que tan pronto como los judíos percibieron esta inesperada retirada del ejército romano, corrieron tras ellos, *«y destruyeron un número considerable de sus jinetes y de sus soldados de a pie.»* Este fue el momento de la huida para los discípulos. Es perfectamente evidente que, si esta retirada de Cestio hubiera ocurrido en Sábado, los judíos lo habrían perseguido ese día; pues solo unos días antes, salieron cincuenta estadios para atacarlo en Sábado. Cuando las puertas de la ciudad fueron abiertas para que la turba desordenada se precipitara tras el ejército de Cestio, era la hora para que los discípulos huyeran. Podrían haberlo hecho desapercibidos por los hombres impíos de su nación, quienes ahora ni temían a Dios ni respetaban al hombre.

Es, por lo tanto, perfectamente evidente que si esto hubiera ocurrido en Sábado, podrían haber huido ese día, incluso desde Jerusalén misma. Estos hechos prueban claramente que la interpretación dada al mandato de nuestro Señor respecto a la oración de que su huida no ocurriera en Sábado, en el sentido de que esto se debía a que sus enemigos no les permitirían huir ese día, es enteramente falsa. Si ese hubiera sido el sentido de sus palabras, habría estado mucho más acorde con el curso de los acontecimientos que realmente tuvieron lugar, si les hubiera enseñado a orar para que sus enemigos no estuvieran en una situación que impidiera su huida ese día. Porque las circunstancias muestran que

no lo estaban, y que, si ellos mismos no tenían un respeto concienzudo por el día, podrían haber huido ese día sin dificultad. Se deduce, por lo tanto, que el Señor del Sábado pronunció estas palabras por un sagrado respeto al Sábado, así como la unió en la misma oración, por tierno afecto a su pueblo, la petición de que su huida no fuera en invierno. Y al unirse estas en una oración que usaron durante unos cuarenta años, les enseñó una lección que nunca podrían olvidar. Su tierno amor por su pueblo no podía sino encender en sus pechos el mismo amor por Él, su Salvador y Redentor; y su sagrado respeto por el día de reposo santificado en el Edén para conmemorar la obra del Creador, no podía sino inspirar en la mente de su pueblo la misma reverencia por ese día.

Aquí, entonces, está el Sábado del Señor sagradamente considerado por el Hijo de Dios y por sus discípulos hasta la destrucción de Jerusalén, en el año 70 de nuestro Señor. Y así tenemos en el Nuevo Testamento, no solo un claro reconocimiento del cuarto mandamiento después de la crucifixión de Jesús, y con ello una lección tal respecto a su santidad, que no podemos olvidar fácilmente, sino que también tenemos un precepto de Cristo, el Señor del Sábado, que de la manera más eficaz, muestra cuán sagrado era este día en su estimación. Él había ordenado a sus discípulos huir por sus vidas en el momento en que apareciera su señal, y para que esa huida no ocurriera en Sábado, les enseñó a ofrecer oración a Dios por la intervención de su providencia para evitarla. Y, ciertamente, esta lección de cuarenta años fue admirablemente adaptada para imprimir la santidad del día en la primera generación de la iglesia cristiana, y para transmitir esa santidad a la última edad de esa iglesia.

Poco después del comienzo del ministerio de nuestro Señor, leemos de su visita a Nazaret. Lucas hace el siguiente registro de la visita: «Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer.» (Lucas 4:16). Como esto fue justo después del comienzo del ministerio de nuestro Señor, la expresión respecto a su asistencia a la sinagoga, que era «*conforme a su costumbre*», debe referirse al hecho de que había sido su costumbre antes del comienzo de su ministerio, es decir, desde la infancia, asistir regularmente a la adoración de Dios en la sinagoga en Sábado.

Vemos también que después de convertirse él mismo en un obrero público en su gran misión de salvar a los hombres perdidos, continuó con este curso de acción, dejándonos aquí, como en cada otra parte de su vida de obediencia, un ejemplo para que sigamos sus pasos. ¡Qué maravillosa lección es esta! Aquí se nos da un indicio de su vida de activa obediencia, así como de humilde mansedumbre, durante los treinta años que precedieron a su ministerio público. ¡Y qué lección nos enseña esto respecto al ejemplo de nuestro Señor en la malvada Nazaret! Los verdaderos adoradores de Dios en esa ciudad eran pocos. (Juan 1:46). Pero había uno que tenía la costumbre arraigada de asistir a la casa de Dios en Sábado. El clima podía ser lluvioso; o podía ser desagradable de otra manera; el calor podía ser excesivo; podía estar cansado con el trabajo de seis días en la humilde familia del carpintero; pero no se quedaba en casa por la lluvia, el calor, el polvo o el cansancio. El Sábado no era su día para dormir. La gente de Nazaret sabía muy bien que, quienquiera que estuviera ausente de la sinagoga, Jesús, ya fuera en la infancia, la juventud o la edad adulta, estaría allí. ¿Y por qué era esto? De ninguna manera, porque hubiera tanto que aprender para Él allí. Incluso a los doce años de edad, podía instruir a los doctores judíos. (Lucas 2:42-47). Él estaba allí, para mostrar el debido respeto por el Sábado; estaba allí, para ayudar a mantener la adoración de Dios; estaba allí, para establecer un ejemplo para que otros lo siguieran. Y así, cuando se convirtió en un obrero público, como el gran profeta semejante a Moisés, siguió esta misma costumbre de su vida anterior. No tuvo ocasión de visitar la sinagoga para encontrar oyentes, ni de seleccionar el Sábado como su día de predicación porque en ningún otro día podía convocar al pueblo. Lejos de esto; vastas multitudes le seguían día tras día. Pero por esta costumbre, proclamó su sagrado respeto por el Sábado y por la adoración del Altísimo.

Cuando nuestro Señor comenzó su ministerio, encontró el Sábado cargado con una vasta multitud de tradiciones rigurosas y onerosas que lo convertían en un yugo de esclavitud para sus observadores. Si el Sábado hubiera sido solo una ordenanza carnal, impuesta sobre ellos hasta el tiempo de la reforma, nuestro Señor habría terminado rápidamente con todo el asunto. Pero el Sábado no iba a

ser destruido por su muerte, y gran parte de su vida debía dedicarse, por lo tanto, a la corrección de esos errores por los cuales Satanás había pervertido completamente su propósito.

Como los judíos habían llegado a sostener que todo acto de sanación de los enfermos era completamente ilícito en Sábado, el Salvador se esforzó mucho en corregir esta falsa noción y en mostrar que concordaba exactamente con el propósito del Sábado realizar obras de misericordia a los afligidos en ese día. Así, nuestro Señor vindicó el acto de los discípulos al comer las espigas de grano en Sábado cuando tenían hambre; se justificó por sanar al hombre de la mano seca; también al ciego; también a la mujer encorvada con una enfermedad de treinta y ocho años. (Mateo 12:1-13; Juan 9; Lucas 13:11-17; Juan 5:1-20; 7:21-24). Ciertamente, estos fueron actos exactamente adaptados a la institución sabática. Si nuestro Señor se hubiera abstenido de aliviar a los enfermos porque era Sábado, entonces seguramente podría decirse que el Sábado era un yugo de esclavitud; y que no era algo hecho para el bien del hombre, sino algo para cuyo bien el hombre fue hecho. En uno de estos casos, sin embargo, nuestro Señor ordenó al hombre que había sanado que tomara su lecho y anduviera. Si esto hubiera sido una cama, como la designamos hoy en día, bien podríamos considerar esto como una violación de la ley del Sábado. Pero cuando aprendemos que esto no era más que una manta o estera sobre la cual yacía junto al estanque, vemos que el caso es completamente diferente. Así también, en el caso del ciego. Jesús humedeció barro con saliva, y ungió sus ojos, y le ordenó ir al estanque de Siloé y lavárselos. (Juan 9:6,7). Exponer estos casos es refutar las acusaciones fundadas en ellos. Tienen el mismo peso que su supuesta violación del Sábado al permitir a sus discípulos, en su hambre, comer de las espigas de grano. Ninguno de estos actos se realizó de manera descuidada o irreverente. Todos ellos tenían en mente el alivio del sufrimiento y el honor de Dios.

Jesús no violó el Sábado. O, para decir la verdad perfecta de manera más estricta, nuestro Señor guardó todos los mandamientos de Dios y enseñó a los hombres a hacerlo. Él testifica que había guardado los mandamientos de su Padre. (Juan 15:10). *El pecado es transgresión de la ley*; pero en Cristo no hay

pecado. (1 Juan 3:4,5). Él enseñó la inmutabilidad de cada jota y tilde de la ley moral. Advirtió solemnemente a los hombres que no quebrantaran los mandamientos, y que enseñaran a los hombres a hacerlo. Prometió que aquellos que los hagan y los enseñen serán grandemente honrados en el reino de Dios. (Mateo 5:17-19). El Hijo de Dios tenía la ley de su Padre en su corazón. (Salmos 40:8). Todos los que son salvos por Él tendrán esa misma ley en sus corazones también. (Jeremías 31:33; Lucas 22:20; Hebreos 8:10). Y esto no es todo. La iglesia del Nuevo Testamento debe cumplir la justicia de la ley; es decir, la recta acción ordenada en la ley. (Romanos 8:1-7). Tal iglesia ciertamente obedecerá el cuarto mandamiento.

El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo. (Mateo 12:8). No es una deshonra para el Sábado que Jesús sea su Señor. De hecho, no es un deshonor para el Hijo de Dios ser el Señor del Sábado. La expresión, «*Señor aun del día de reposo,*» ciertamente implica que es un honor muy alto ser Señor del Sábado. Tampoco significa que porque Él es su Señor, Él deba destruirlo. Se implica todo lo contrario. Él «murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven.» (Romanos 14:9). Estos son su pueblo; y Él hizo todo esto para ser su Señor, y así darles vida eterna. Como Señor del Sábado, Él era el indicado para determinar qué era, y qué no era, apropiado en Sábado. Y el hecho mismo de que Él estuviera involucrado con el Padre en la creación, muestra que también estuvo interesado con Él en ordenar el Sábado. Es, por lo tanto, con la más estricta razón que Él afirma ser Señor de esa institución que Dios llama su «*día santo*», «*lo santo del Señor*» y «*honorable.*» El Sábado no es una institución desconocida para el Nuevo Testamento, ni es una peculiar del Nuevo Testamento. Ese libro lo trata como una institución existente; así como alude a los cielos y la tierra como algo existente desde tiempos antiguos. El Señor de la iglesia del Nuevo Testamento es el Señor del Sábado. Él lo honró en su vida dejando de lado, como su Señor, las onerosas tradiciones con las que estaba cargado. Lo honró realizando en ese día una porción muy grande de sus obras de misericordia para los afligidos. Lo honró enseñando a sus discípulos a orar para que no les fuera necesario huir en ese día, unos cuarenta años después de su

muerte. Lo honró por su costumbre de dedicar asistencia a la sinagoga en ese día, desde su temprana vida hasta el final de su obra. Honró el Sábado, y a sí mismo también, al afirmar ser *AUN* su Señor. Honró el Sábado cuando Él, el Señor del Sábado, yacía en la muerte, y aquellos que lo habían conocido más íntimamente, y habían entendido su enseñanza más perfectamente, desistieron de una obra de amor y reverencia por Él, no absolutamente necesaria, para que pudieran descansar el día de reposo conforme al mandamiento.

El libro de los Hechos contiene una historia inspirada de la primera generación de la iglesia cristiana. Hace varias referencias importantes al Sábado. Así leemos que Pablo, habiendo predicado en la sinagoga judía de Antioquía en Sábado, cuando la congregación se disolvió, fue rogado por la multitud para que les fueran predicadas estas mismas palabras el Sábado siguiente. Y el Sábado siguiente, casi toda la ciudad se reunió para oír la palabra de Dios; y la mano de Dios estaba con sus siervos. (Hechos 13:14,27,42-44). Es evidente, por lo tanto, que el día que fue santificado por los judíos, era, unos quince años después de la muerte de Cristo, todavía conocido como el Sábado. Que Pablo no solo predicó a los judíos en ese día, sino que predicó también, el Sábado siguiente, a los gentiles, y esto a petición de ellos, es una fuerte prueba de que los apóstoles consideraban el antiguo Sábado como el día más adecuado para el culto divino; y, que incluso los gentiles de Antioquía tenían cierto respeto por el día. Pablo no fue obligado a usar el Sábado para esta segunda reunión, pues estaba tratando con gentiles; sin embargo, lo usó; lo cual es una fuerte prueba de su respeto por el día, e incluso de que la gente de Antioquía también tenía, hasta cierto punto, respeto por el Sábado.

Cuando el concilio se reunió en Jerusalén para considerar la cuestión de la circuncisión, es evidente que la cuestión del Sábado no causó ninguna diferencia de opinión en absoluto. Fue un problema para algunos que los gentiles no observaran la circuncisión. (Hechos 15:1-5).

Si también hubieran sido descuidados del Sábado, muy ciertamente ese hecho habría sido mencionado, pues no podría sino crear una perturbación aún mayor que el descuido de la circuncisión. Y cuando el apóstol Santiago pronuncia su

sentencia en el concilio, hace una importante declaración respecto al Sábado. Dice: «Porque Moisés desde *TIEMPO ANTIGUO* tiene en *CADA CIUDAD* quienes lo prediquen, siendo leído en las sinagogas *CADA DÍA DE REPOSO*.» (Hechos 15:21). Él asigna esto como una razón por la cual los puntos nombrados por él, y ningún otro, deben ser insertados en la carta de instrucción a los gentiles. Es evidente que los judíos, en su dispersión, habían llevado el Sábado consigo a cada ciudad de los gentiles, y que los cristianos gentiles estaban, incluso antes de su conversión, familiarizados con el Sábado, y seguían recibiendo el beneficio de esta instrucción sabática de los libros de Moisés.

Cuando Pablo llegó a Filipos para predicar a Cristo, sus labores comenzaron con una pequeña compañía de gentiles devotas, en su mayoría mujeres, que acostumbraban a reunirse para orar, en Sábado, junto al río. La primera conversa fue una mujer griega llamada Lidia, de la ciudad de Tiatira. (Hechos 16:12-15). Con su compañía de guardadores del Sábado, comenzó la iglesia de Filipos. Luego, el apóstol «llegó a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y Pablo, como era su costumbre, entró a ellos y por tres días de reposo discutió con ellos de las Escrituras.» (Hechos 17:1,2). Esta era la costumbre de Pablo, así como era la costumbre de Jesús. (Lucas 4:16). Nunca leemos que tuviera una costumbre similar respecto a cualquier otro día de la semana. Como resultado de su predicación, «*algunos*» de los judíos, «*y de los griegos devotos, una gran multitud, y de las mujeres principales, no pocas*» obedecieron a la fe. Estos «*griegos devotos*» eran hombres que no solo temían al Dios verdadero, sino que guardaban sus mandamientos. Y así vemos que la iglesia de Tesalónica también comenzó con una compañía de guardadores del Sábado, parte de los cuales eran judíos, pero la mayoría, gentiles devotos.

El origen de la iglesia de Corinto es muy similar al de la iglesia de Tesalónica. Aprendemos que Pablo llegó a Corinto, y encontrando a Aquila y Priscila, vino a ellos, «y como era del mismo oficio, se quedó con ellos y trabajaba; pues el oficio de ellos era hacer tiendas. Y discutía en la sinagoga cada día de reposo, y persuadía a judíos y a griegos.» (Hechos 18:1-4). Aquí, como en Corinto, algunos de los judíos y griegos que así adoraban a Dios en la sinagoga fueron los primeros

conversos al evangelio. Y esta iglesia también comenzó, no solo de las labores de un hombre que guardaba los mandamientos de Dios, sino con aquellos que ya eran adoradores de Dios en su día sagrado. Esta era la costumbre de Pablo en todo lugar. Comenzó con los judíos que temían a Dios, y con quienes, en todos los casos, parece haber habido gentiles devotos asociados, y con este tipo de conversos sentó las bases de sus iglesias. Ciertamente es digno de mención que Lucas, quien escribe por el Espíritu de inspiración unos treinta años después de la abrogación del Sábado, como algunos dicen; o, ese tiempo después de su cambio, como dicen otros, siempre llama Sábado al día observado por los judíos.

Podemos juzgar cómo predicó Pablo respecto a la ley de Dios por lo que ha escrito al respecto en sus epístolas. Él representa al mundo entero como condenado por la ley, y toda boca silenciada por ella. (Romanos 3:19). Nos dice que *por medio de la ley es el conocimiento del pecado*. (Verse 20). De modo que cuando quiso instruir a los hombres sobre la naturaleza del pecado, les abrió la ley de Dios. Él muestra cómo los hombres, así condenados, pueden ser perdonados, y aun así Dios mantener su justicia tal como se representa en su ley. Es a través de la redención que es en Cristo Jesús que Dios puede ser justo, y aun así justificar al pecador que cree en Jesús. (Verses 23-26). Y así declara la inmutabilidad de la ley en el lenguaje más enérgico: «¿Luego invalidamos la ley por la fe? ¡En ninguna manera! Antes bien, confirmamos la ley.» (Romanos 3:31).

Pablo sostuvo la abrogación de la ley ceremonial, con sus numerosos sábados, lunas nuevas y días de fiesta (comparar Efesios 2:14,15; Colosenses 2:14-17; Levítico 23:4-44); pero sagradamente mantuvo la ley moral de Dios como la regla inmutable de lo correcto.

El lenguaje de Santiago es un testimonio muy convincente de la obligación perpetua de los diez mandamientos: «Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: *No cometerás adulterio*, también dijo: *No matarás*. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te

has hecho transgresor de la ley. Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad.» (Santiago 2:8-12). No cabe duda de que lo que Santiago llama la ley real todavía está en pleno vigor, y que esta ley encarna los diez mandamientos. También es cierto que violar uno de esos mandamientos nos hace culpables de violar toda la ley de Dios. Por lo tanto, mientras este código de leyes morales perdure, así también permanecerá el Sábado del Señor. Es parte de ese código que permanecerá firme hasta que el cielo y la tierra pasen.

El último libro de la Biblia fue dado en el día del Señor. (Apocalipsis 1:10). Es una revelación hecha por Cristo a Juan. Como nadie más que el Señor del Sábado fue considerado digno por Dios, el Padre, de recibir este libro para darlo al hombre (comparar Apocalipsis 1:1; 5:1-7), así Él eligió, como el día más adecuado para dar esto al hombre, ese día que la Biblia designa como suyo. Como solo un día así es revelado en la Biblia (Génesis 2:1-3; Éxodo 20:8-11; Isaías 58:13; Marcos 2:28), podemos estar seguros, no solo de que tal día existía al final del primer siglo de la iglesia cristiana, sino de que este es el mismo día santificado por el Padre y el Hijo en el principio, y reconocido conjuntamente en las Escrituras como suyo.